

Rilke, Borges: las dos orillas de la muerte

LUIS MANUEL ZAVALA

*A Álvaro Lecona,
con un abrazo desde la otra orilla.*

El hombre, desde siempre, se ha interrogado por el misterio que la muerte representa. Las indagaciones sobre su significado constituyen uno de los temas esenciales de la metafísica; teólogos y filósofos han encontrado respuestas muy diversas. Para Jorge Manrique, morir era la consecuencia natural de haber vivido: "Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar / que es la muerte." Melville la imaginaba como el sotavento hacia una vida mejor. La cultura hindú la ha considerado como parte de un proceso de incesantes transformaciones necesarias para la perfección espiritual del hombre. Los aztecas la asumían como un gran cataclismo, mientras para Montaigne "filosofar es aprender a morir". En fin, se ha dicho tanto sobre la muerte, pero las definiciones no agotan su misterio.

El arte no podía quedarse atrás; particularmente sensible ante la muerte, enfervorizado por desentrañar su misterio, la ha desafiado incluso en los lugares donde ella reina. Debemos a la literatura algunas visiones espléndidas; como ese Orfeo que espoleado por el amor se atreve a descender al Hades, para rescatar de la muerte al ser que tanto ama. Otro descenso ilustre lo proporciona la *Odisea*, el viaje al mundo de los muertos que debe emprender Ulises, como condición previa de su retorno a Ítaca. Y cómo olvidar los prodigios atroces que pueblan el infierno que debe recorrer un asombrado Dante. Shakespeare reflexiona sobre ella a través de las intensas palabras de Hamlet: "... morir, dormir; dormir, quizá soñar". Pero la muerte constituye un misterio insondable; por eso Hamlet no se atreve a quitarse la vida.

Todavía un gran enigma, la muerte nos acompaña en todo momento, y si bien no podemos encontrar una respuesta definitiva, no podemos renunciar al intento de comprenderla, a fin de hacerla más humana.

Qué mejor que revisar los planteamientos de dos hombres en cuya obra se amalgamaron felizmente la poesía y la metafísica. Me refiero a Rainer Maria Rilke y a Jorge Luis Borges. ¿Cómo resistir la tentación de confrontar un arrebatado luminoso con una inteligencia implacable? En cualquier caso es un buen pretexto para recorrer con morosidad y con deleite algunas páginas de la mejor literatura.

Resalta de inmediato la distinta valoración de la muerte; en Rilke adquiere una dimensión trágica, mientras que en Borges es motivo de broma; baste recordar la insistencia con que el poeta argentino citaba las palabras de su abuela inglesa, ya en plena agonía: "Pero, ¿por qué están afligidos? No ocurre nada importante, es sólo una vieja que se muere." Para Rilke la muerte "es una semilla que llevamos dentro"; en cambio, Borges la concibe como un tesoro que aguarda al pirata al final de sus afanes. Según Rilke, vivimos muriendo; según Borges, la muerte es la recompensa o la liberación de haber vivido. Existe una diferencia decisiva: Borges mira a la muerte desde una dimensión más terrena; Rilke, desde el otro lado del umbral. Borges concibe la muerte como el fin de una serie de hábitos:

Si para todo hay término y hay tasa
y última vez y nunca más y olvido
¿quién nos dirá de quién, en esta casa,
sin saberlo, nos hemos despedido?

Hay entre todas las memorias, una
que se ha perdido irreparablemente;
no te verán bajar a aquella fuente
ni el blanco sol ni la amarilla luna.¹

Borges se pregunta: ¿qué muere cuando alguien muere; qué es aquello que se va con el hombre? Lo alcanza el drama de la muerte, pero siempre desde esta orilla: "Me conmueven las menudas sabidurías / que en todo fallecimiento se pierden / hábito de unos libros, de una llave, de un cuerpo entre los otros / frecuencias irre recuperables que para él / fueron la amistad de este mundo." Morir es desvincularse de la vida, parece decir Borges; y si la muerte constituye una pérdida irreparable, lo es sobre todo para los que continúan viviendo, para aquellos que deben sobrevivir a Beatriz Viterbo.²

"Morir es quedarse detenido en un pensamiento", encontramos en una de las Voces de Antonio Porchía, en quien —como en los autores que nos ocupan— habitan por igual el poeta y el filósofo. Dicho pensamiento nos conduce hacia otra de las claves borgesianas en relación con la muerte. Borges la asume como un don, porque al instante de morir se nos revela nuestra identidad. Sería una especie de acto semiótico que le diera sentido a nuestra vida; abundan los ejemplos en su narrativa: Dahlmann en "El sur", Lönnrot en "La muerte y la brújula". Pero su poesía también nos ofrece muestras relevantes, una de ellas el ya clásico "Poema conjetural", del que comentaré algunos fragmentos.

A esta ruinoso tarde me llevaba
el laberinto múltiple de pasos
que mis días tejieron desde un día
de la niñez. Al fin he descubierto
la recóndita clave de mis años,
la suerte de Francisco de Laprida,
la letra que faltaba, la perfecta
forma que supo Dios desde el principio.

Este fragmento muestra de manera radical el abismo que separa a los hombres de la Divinidad. La inteligencia de Dios —entender es ver— puede elevarse sobre la pobre visión humana; puede ver la figura —el destino— que desde su nacimiento trazan los pasos de un hombre. El hom-



bre mira el mundo a través de un espejo de enigmas cuyo sentido no alcanza a comprender: en la vida caminamos a oscuras, sólo la muerte podría aclarar el significado de nuestros actos. Sólo la llegada de la muerte le permite elevarse sobre sus limitaciones y abarcar la vida en su conjunto. Si la muerte acarrea una serie de imágenes vertiginosas acerca de nosotros mismos, morir tal vez consista en descifrar el significado de dichas imágenes (el suicidio no sería sino la culminación de una lectura visionaria —o anticipada— de las experiencias vitales). La vida puede ser un vasto calidoscopio en el que la muerte sería la pieza faltante y, al mismo tiempo, la pieza que da sentido a la configuración de todas las demás. De ahí la gratitud de Laprida: a través de la muerte puede saber quién es.

Así pues, la muerte en Borges aparece como la salvadora o, cuando menos, la justificadora de la vida; otro es el caso de Rilke. La muerte, para él, es una continuidad que va progresando; su irrupción final es, si acaso, una imagen particularmente intensa de aquello que se albergaba en nuestro ser. Aquí, no sólo no otorga identidad sino de manera incesante va despojándonos de nosotros mismos: "La muerte de Christoph Detlev

¹ Jorge Luis Borges, "Límites", en *Nueva antología personal*, pp. 38 y 39.

² Borges se conmueve al advertir cómo Beatriz se ha desvinculado del mundo, que prosigue su marcha indiferente. Jorge Luis Borges, *Narraciones*, p. 174.

vivía ahora en Ulsgard, desde hacía mucho, mucho tiempo y hablaba a todos y exigía. Exigía ser llevada, exigía el cuarto azul, el saloncito..."³ En Rilke, la muerte atraviesa el umbral de la vida únicamente para desplazarla, y lo trágico es que no existe la contrapartida: si cruzamos el umbral de la muerte no tenemos más opción que integrarnos a ella.

Rilke se atreve a penetrar los dominios de la muerte; el precio es el desamparo. Veamos algunos fragmentos de la "Elegía I": "... ¡Ay! Y ¡a quién podríamos / recurrir, entonces? No al ángel, ni a los hombres; / y los sagaces animales ya notan / que no estamos muy confiadamente en casa / en el mundo interpretado." La inminencia de la muerte nos desliga del mundo; cuando ésta se consuma nos invade un desasimiento semiótico: "Ninguno de los significados que atribuía a las cosas permanece; ninguna interpretación de las que permitían comprender los acontecimientos se sostiene."⁴ A dife-

rencia del instante revelador que aparece en Borges ("¿Quién es el mar, quién soy? Lo sabré el día / ulterior que sucede a la agonía"), en Rilke la muerte nos enfrenta a un sinsentido. Su angustia es la misma de Hamlet: ¿cómo asumir el misterio que la muerte representa? Nada más natural entonces que intentar aferrarse a lo conocido:

Tal vez nos queda
algún árbol en la ladera, que a diario viéramos de
nuevo: nos queda la calle de ayer
y la arrastrada fidelidad de una costumbre...

(Elegía I)

Otra diferencia radical entre los dos poetas: tocados por la muerte, los personajes de Borges —captados en la zona fronteriza que separa la muerte de la vida— se elevan sobre sus limitaciones humanas, miran la vida con los ojos de Dios. Los de Rilke, situados en el otro lado de la muerte, experimentan el abismo que los aleja de la Divinidad, al entrar en la muerte pierden la orientación. Creo que es una de las ideas contenidas en el tercero de los *Sonetos a Orfeo*: "Posible es para un dios.

Mas dime, ¿cómo / podrá seguirle un hombre con la angosta lira?" Los dioses caminan confiados en los terrenos de la muerte, son inmortales y son sabios; los pocos hombres que se atreven a cruzar la otra orilla no pueden hacerlo sino a traspies. Tal vez el secreto lo posean las mujeres de Rilke; como Eurídice o Alceste, que entran en la muerte como en un territorio hospitalario: "Estaba en sí, como en estado de buena esperanza." Quizá su secreto radique en no volverse. Majestuosas miran siempre hacia adelante, hacia una muerte que —como a algunos de los personajes de Borges— acaso les sonría. ♦

Bibliografía

- Borges, Jorge Luis, *Narraciones*, Cátedra, Madrid, 1988.
Borges, Jorge Luis, *Nueva antología personal*, Bruguera, Barcelona, 1982.
Kaufmann, Walter, *From Shakespeare to Existentialism: An Original Study*, Princeton University, Nueva Jersey, 1980.
Rilke, Rainer Maria, *Elegías de Duino*, Lumen, Barcelona, 1984.
Rilke, Rainer Maria, *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, Premiá, México, 1990.
Rilke, Rainer Maria, *Sonetos a Orfeo*, Lumen, Barcelona, 1983.

